

*La nueva geografía regional o la construcción social de la región**

Abel ALBET I MAS

1. LA RECONSTRUCCIÓN DE LA GEOGRAFÍA REGIONAL

Durante muchas décadas a lo largo del presente siglo, el estudio de la región y, consecuentemente, el estudio integral de determinados lugares, ha centrado el interés de la geografía, disfrutando de un notable reconocimiento científico, intelectual y popular y llegando a caracterizar (junto con la memorización de listados de ríos y de capitales) la misma imagen de la geografía (Entrikin, 1989). No obstante, el objetivo de conseguir una síntesis corográfica regional, destacando y relacionando elementos físicos, biológicos, sociales o económicos, cayó en absoluta desgracia ante la voluntad de redefinir la disciplina geográfica en tanto que ciencia espacial, generando un amplio y ya conocido debate interno. A principios de la década de los setenta los enfrentamientos entre la geografía regional clásica y las nuevas geografías aparentemente pueden ya considerarse agotados: así parecería demostrarlo la escasa producción y teorización por parte de la geografía regional sobre todo ante la gran incidencia y difusión de la geografía teórica y, posteriormente, la radical y la humanística (Granö, 1978; Paasi, 1991).

A pesar de ello, cabe señalar que esta afirmación no es del todo generalizable,

* Este artículo ha sido elaborado a partir de un capítulo de la Memoria de Investigación «L'estudi dell lloc i de l'individu en geografia», presentada por el autor en el Departamento de Geografía de la UAB en mayo de 1990.

ya que si bien el empuje y difusión de las «nuevas geografías» resultó irresistible en el ámbito anglosajón, en la geografía francesa perduró (y de hecho aún perdura) la influencia de la geografía regional¹ ya sea por haber observado una menor incidencia de las corrientes teóricas y metodológicas exteriores o ante el peso de la escuela vidaliana. Asimismo, en Norteamérica muchos geógrafos «resistieron el alud cuantitativo» y continuaron dedicados a una geografía típicamente regional² si bien considerando muy diversas escalas de análisis (desde un pueblo hasta extensas regiones, abarcando diversos estados) y, en consecuencia, con ausencia de unos principios teóricos mínimos acerca del concepto de «región» y de cuáles debían ser sus elementos constituyentes (Pudup, 1988): la falta de uniformidad teórica acostumbró a ser suplida por una similitud en los objetivos, en el sentido de llevar a cabo estudios caracterizados por un mismo nexo temático, específicamente regional, sin tener en cuenta escalas y considerándolo, a la vez, como marco interpretativo³.

El «retorno» a la tradición

A pesar de sus aparentes descréditos, en plena década de los ochenta se ha observado un cierto *revival* de los esquemas regionales más tradicionales, remarcándose de nuevo la gran importancia de esta geografía en el sentido más clásico y enfatizando tan sólo en la necesidad de mantener un nivel de detalle descriptivo inverso a la escala de la región en estudio, una valoración del tiempo y de los cambios observados, y la consideración de los rasgos físicos⁴.

Paralelamente a su rechazo a «la mixtificación de la teoría» en que la geografía parecería haber caído durante el período cuantitativo, persisten las referencias al medio físico como elemento fundamental en la interpretación de la realidad geográfica, así como el voluntarismo y el individualismo metodológico

¹ Este hecho quizá no se refleje en la producción bibliográfica (comparativamente mucho más reducida que en el mundo anglosajón por razones de tipo general), pero sí en la orientación de las tesis y otros trabajos académicos.

² Algunas obras «clásicas» de la geografía regional norteamericana pueden ser, entre muchas otras, Hart (1975), Meinig (1968), Dickinson (1947), Minshull (1967), etc.

³ Véanse las reflexiones que sobre estos aspectos plantean Dickinson (1969, 1976), Hart, ed. (1972), Jones (1934), James (1934), McDonald (1966), Finch (1934) y Hall (1935).

⁴ Los discursos institucionales de los presidentes de la *Association of American Geographers* y del *Institute of British Geographers* (Hart, 1982, y Watson, 1983, respectivamente), así como Lewis (1985), son un fiel exponente de lo dicho (Pudup, 1988). A pesar de todo, cabe relativizar estas constataciones, dado el carácter tradicional e institucional de la AAG y del IBG y de dichos discursos.

como principales compromisos filosóficos: se rechaza la necesidad de una teorización previa a la investigación geográfica y, liberándose de deslumbramientos epistemológicos, se pretende elaborar descripciones evocadoras del mundo y las personas en sus muchas unicidades. En conjunto viene a suponer un sorprendente retorno a la más tradicional corografía (en una voluntad de un efectivo «back to basics» y aprovechando el marasmo deconstructivo que la postmodernidad parece imponer), pero, evidentemente, bajo unas condiciones sociales y económicas diferentes y mucho más complejas que las de antaño (Pudup, 1988).

Por una nueva geografía regional

No obstante, está claro que existe una tendencia diferenciada que propugna una «nueva geografía regional»: según Pudup (1988), habría que hallar sus inicios a lo largo de los años setenta, en pleno rechazo pluralista a los planteamientos positivistas en el que también se inscribieron la geografía radical, la comportamental, la humanística, y en el que también se sentaron las bases para aquel incipiente reavivamiento de la geografía regional tradicional. De hecho, más que un rechazo o una crítica feroz hacia la geografía cuantitativa y los métodos estadísticos, en aquel momento se dio una creciente concienciación y subsiguiente denuncia de las numerosas limitaciones y vacíos generados por la progresiva abstracción del tiempo y del espacio en las ciencias sociales y, en especial, en el momento de aplicarlo en estudios concretos (Sayer, 1982).

Muchos geógrafos se introducen entonces en los campos de otras ciencias sociales paralelas (sociología, economía, historia, antropología, etc.) a la búsqueda de fuentes alternativas de procesos territoriales que trasciendan a una definición estrictamente espacial (Massey, 1984). Estas infiltraciones en disciplinas más o menos afines, implican el reconocimiento de que muchos de aquellos procesos no sólo son específicos temporalmente, sino también espacialmente, por lo que permiten evidenciar la importancia de la geografía en el momento de reconsiderar las relaciones entre las especificidades de un lugar y las estructuras económicas y sociales: de ahí la generalización de la idea de que *geography matters* (Massey & Allen, eds., 1984).

Si en un principio se llevan a cabo estudios en torno a cómo los procesos y las estructuras «generales» son afectadas en contextos concretos (y de las relaciones entre las descripciones aplicadas y la abstracción teórica), posteriormente se tenderá a reconocer cómo estas estructuras generales no son elementos superfluos de aquellos contextos particulares, sino que se producen y reproducen en ellos; la elaboración, a partir de estos principios, de un buen número de

estudios aplicados en diversas regiones y ciudades (básicamente del Reino Unido), favoreciendo la posibilidad de reconocer que lo que anteriormente había sido considerado, erróneamente, como estructuras generales, eran en realidad fenómenos geográficamente específicos y dependientes de un contexto (Urry, 1987; Massey, 1979)⁵.

Determinar hasta qué punto los procesos y las estructuras sociales dependen de un contexto geohistórico (hasta qué punto sólo son ligeramente afectados o bien la influencia es tan grande que la teoría social es incapaz de realizar una abstracción significativa), es, pues, uno de los cometidos de la nueva geografía regional. El resultado no es una simple colección de estudios empíricos, sino una nueva visión en torno a la metodología de las ciencias sociales y en torno al debate entre la contextualización y la búsqueda de leyes (Soja, 1985; Sayer, 1989).

2. LA REGIÓN Y LAS RELACIONES SOCIALES

La región y la articulación de las relaciones sociales

Al criticar «las presunciones que afirman que las teorías espaciales expresan las teorías sociales y que las estructuras espaciales evidencian las estructuras sociales» Gregory (1978) fue uno de los primeros en denunciar el progresivo relegamiento del espacio a ser un simple «contenedor» de los procesos sociales o el simple marco en el que los modelos espaciales toman forma en tanto que resultados de los citados procesos sociales (Thrift, 1987)⁶.

Juntamente con él, previamente también otros autores⁷ ya habían iniciado un proceso de rechazo de la filosofía positivista de la ciencia que trascendió la

⁵ Bajo esta óptica, a menudo los conceptos de «región» y de «lugar» son usados indistintamente ya que, debido a su especificidad, acostumbran a ser motivo de estudio sin importar en exceso sus dimensiones reales: quizá el concepto «lugar» implica un carácter más individualizado, personal, cotidiano, mientras que la «región» viene a ser la esfera de las instituciones y organizaciones donde las pautas individuales se combinan con los proyectos institucionales (Paasi, 1986). A nivel conceptual general los «estudios de lugares o localidades» («locality studies»), acostumbran a integrarse en esta «nueva geografía regional», a pesar de la falta de una diferenciación clara en la escala de estudio.

⁶ Una forma muy diferente de entender la incidencia de las relaciones sociales en la configuración del «lugar» es la que propone Sack (1988), según la cual el lugar es tratado como un contexto y un marco de consumo, donde se interaccionan las mismas relaciones sociales con la naturaleza y el significado del lugar.

⁷ Pudup (1988) y Sayer (1989) citan trabajos de Doreen Massey, John Allen, Allan Pred, Edward Soja, Denis Cosgrove, Nigel Thrift, así como el mismo David Harvey y otros.

simple crítica de la geografía teórica: se reconoce el hecho científico como parte fundamental de la producción geográfica en tanto que permite evidenciar cuál es el trasfondo de sus objetos de estudio; al hacer un análisis crítico de las presunciones y de los principios en los que se ha venido apoyando la geografía, se reafirma el interés tradicional de la geografía en la diferenciación espacial y en el carácter sintético de las investigaciones (Massey, 1985a).

Paralelamente, y a pesar de las ya conocidas reticencias para asumir los criterios de espacialidad dentro de sus principios básicos, desde hace ya algún tiempo se constata en la teoría marxista un cierto interés y acercamiento al tema de la región desde el punto de vista de la economía política, y en tanto que articulación de las relaciones de producción en un espacio y lugar determinado y, pues, en tanto que organización espacial de los procesos sociales relacionados con el modo de producción; así, se tiene en cuenta la regionalización de la división social del trabajo (Massey, 1984), la regionalización de los procesos de acumulación de capital (Cooke, 1989a; 1989b), la regionalización de la reproducción de la fuerza del trabajo (Rose, 1989), la regionalización de los procesos políticos e ideológicos de dominación que sostienen las relaciones sociales de producción (Duncan, 1985), etc.

A partir de dichas asunciones, diversos autores han intentado avanzar algunos pasos en estas mismas líneas: el concepto de región puede entenderse ahora en un marco general donde las relaciones sociales de producción (ya plenamente «espaciales») son las estructuras subyacentes y que su plasmación territorial define regiones con características únicas (Massey, 1984); la labor de los geógrafos debe ser, ahora, la identificación y comprensión de estas especificidades y unicidades regionales, evidenciando de qué manera el capital y sus procesos de circulación actúan diferentemente en cada lugar con unas características sociales concretas (Smith, 1984). En aquellas regionalizaciones antes citadas, habrá que analizar los elementos paralelos que contribuyen a la construcción de la diferenciación regional, tales como el hecho cultural y la «sociedad civil» (Clarke, 1984; Pahl, 1985), las conciencias locales de clase (Urry, 1981; Cooke, 1985; Krätke & Schmoll, 1991), los localismos y regionalismos (Paasi, 1986; Gilbert, 1988), y un muy largo etc.

La región y la interacción de las relaciones sociales

Considerando el papel de las relaciones de poder y dominación como elementos de diferenciación regional, se ha ido imponiendo otra forma de entender la región en tanto que centro de la interacción social debido a su papel primordial en la producción y reproducción de las relaciones sociales: más allá

de la estricta región cultural y de la especificidad y regionalización de la economía política, existen una serie de relaciones que involucran a todos los aspectos de la vida económica, social, política, cultural, simbólica, etc., de individuos y grupos de individuos (Cooke, 1987). La región entendida así ha tomado un sentido de «escenario» (básicamente en la geografía anglosajona) y un sentido de «territorio» (en la geografía francesa), según la síntesis que efectúa Gilbert (1988).

Diversos autores⁸ sugieren que la región es un escenario de interacción social con unas características que una serie de agentes se encargan de modelar en base a constantes entrecruzamientos en el tramado que forman el espacio y el tiempo. Giddens (1984) es reconocido como una gran fuente inspiradora⁹, ya que muchas de las ideas ahora desarrolladas se fundamentan en la teoría social y de la «estructuración» por él desarrollada (Gregory, 1981) y, pues, en la constatación de que las relaciones sociales se estructuran en el tiempo y en el espacio. Cabe añadirle además las fáciles conexiones con buena parte de los principios presentados por Hägerstrand y la *time-geography*, facilitando de forma más decisiva la difusión de estas ideas (Gregson, 1986).

A su vez, Claude Raffestin (junto con otros geógrafos y sociólogos francófonos) elabora una «geografía del poder» en la que propone comprender el funcionamiento de la sociedad en el espacio; en ella postula una visión muy similar a la que se acaba de presentar, si bien enfatizando la necesidad de analizar la «territorialidad» (o red de relaciones por la que toda información obtenida a través del conocimiento y de la práctica es transmitida y reproducida, creando la diferenciación regional). Según Raffestin, la geografía se encargará de estudiar la interacción existente entre elementos sociales (personales o colectivos) que actúan modificando las relaciones entre la naturaleza, la sociedad y los individuos (Raffestin, 1980; 1986).

3. LA ESPECIFICIDAD DE LA REGIÓN

Si la geografía regional tradicional se interesaba casi exclusivamente por las relaciones existentes entre las personas y su entorno natural, está claro que la nueva geografía regional (sea como sea entendida) se orienta cada vez más hacia el análisis de los complejos lazos que conectan a las personas con la naturaleza,

⁸ Tales como Thrift (1983b), Pred (1984), Gregory (1989), Paasi (1986).

⁹ Juntamente con la abierta promiscuidad de los geógrafos hacia otros científicos sociales, consolidando una línea de «geografía humana crítica» (Gregory & Urry, eds., 1985).

pero a través de la sociedad. Así, se hace evidente que los modelos explicativos de la geografía regional tradicional no son automáticamente transferibles o comparables al estudio de las relaciones sociales, mientras que sí lo son los de la teoría social (Dear, 1988): la región empieza a ser entendida en tanto que estructura y en tanto que proceso.

Estructura y proceso

Es a través de la teoría social que el enfoque estructuracionista aporta los nuevos conceptos analíticos que, superando definitivamente los que eran usados por la corología, permiten definir cómo las regiones y la especificidad regional afectan y son afectadas por complejas relaciones sociales y por complejas interacciones entre actores sociales sobre un medio material que, a su vez, también contribuye a enmarcar estas relaciones e interacciones.

Teniendo en cuenta esta consideración de la región como un fin y como un medio (en tanto que estructura), sus características estructurales deben de ser consideradas en su conjunto y no separadamente como partes: las citadas relaciones e interacciones tienen lugar porque existe un todo (la región) y este todo no existe fuera de aquéllas; de ahí las «relaciones de necesidad» que constituyen la región (Lovering, 1989).

A partir de la adopción del análisis de las relaciones estructurales como constitutivas de la región, muchos de los conceptos básicos de la corología son rechazados: entre ellos destacan los de adaptación y evolución, sustituidos por los de relaciones dialécticas (con la consiguiente configuración de una teoría de la formación de las regiones, impensable en la geografía regional tradicional); en estas relaciones dialécticas, el punto central es el proceso a través del cual las relaciones sociales existentes en una región permiten la constante reconstrucción de esta región¹⁰.

Las regiones no son el resultado casual de una serie de acontecimientos acaecidos en un lugar determinado del planeta, sino que cada una de ellas se ha ido configurando a través de secuencias históricas que provienen de la reproducción de las relaciones sociales específicas de cada región. Las regiones se desarrollan, precisamente, a partir de interacciones sociales al alcance regional, siendo tanto la condición como el resultado de las relaciones sociales entre

¹⁰ Estos principios coinciden con los postulados fundamentales de la «teoría del sistema mundial» (*world-system theory*) expuesta, principalmente, en la obra de Wallerstein (Hopkins & Wallerstein, eds., 1980) y adoptada y adaptada por Taylor (1988) en la nueva geografía regional, enfatizando en los procesos históricos de regionalización o de configuración de las regiones.

individuos, grupos e instituciones sobre aquel espacio regional dado. Este proceso dialéctico (los condicionantes regionales de la sociedad y los efectos de la sociedad sobre la región) crea una estructura interna homogénea que permite distinguir una región de otra: la región es un proceso por sí mismo (Pred, 1984; Soja, 1985).

Evidentemente, esto puede ser desarrollado de muy diferentes maneras: la existencia presente de una región determinada puede ser vista como el resultado de la preeminencia de un grupo social concreto en una estructura regional, que posee fuerza suficiente como para imponer una estandarización (sus valores, normas, etc.) en un área y en un tiempo dados, dando paso así a una entidad regional concreta y diferenciada del resto a su entorno. Como sea que las relaciones de poder cada estructura regional están, por definición, en constante reajuste, aquella situación puede variar y las pautas impuestas pueden modificarse; si no existe ningún grupo suficientemente preponderante, la estructura regional será dominada y absorbida por otros grupos a escalas más amplias (Gilbert, 1988).

El interés por los mecanismos de formación de la región, en tanto que estructura o como proceso, obliga a retomar la significación científica del estudio de las regiones y los lugares concretos, perdida ante la adopción de los esquemas positivistas (Warf, 1988).

A pesar de que la concepción de la formación de las regiones específicas en tanto que estructuras en constante evolución es una gran y original contribución propia de la nueva geografía regional, no hay una única interpretación en torno a los rasgos que caracterizan estas relaciones estructurales en la citada evolución. Así, pues, para los geógrafos que proceden de los campos marxistas tradicionales, los individuos (la intervención humana o *human agency*) juegan un papel muy limitado en el proceso de formación de la sociedad regional (Peet, 1978), mientras que los que tienen un pasado más «humanístico» presentan a los individuos como los principales actores en el momento de la formación de las regiones (Cooke, 1987), ya que depende de la propia conciencia (determinada a menudo por el sistema cultural; Thrift, 1983a) del individuo y de su integración en la sociedad y entre el resto de individuos.

Entre ambos posicionamientos extremos, muchos otros geógrafos admiten una visión intermedia que a menudo resulta significativamente influenciada por intentos post-estructuralistas de incorporar el individuoalismo en las posturas estructurales de la teoría social, de manera que las estructuras sociales son tratadas como constreñimientos y los individuos como actores (Gilbert, 1988).

La identidad regional

Desde un punto de vista algo distinto, pero considerando aún el marco de las relaciones sociales, también adquiere relevancia la visión de la región como foco de identificación cultural (entendiendo la cultura en el sentido más amplio posible); entre los habitantes de un lugar o zona determinada, la existencia de una conciencia en torno a una identidad propia y en contraposición a otros grupos y zonas, crea un conjunto de relaciones culturales específicas en las que la región se constituye en el elemento territorial que aglutina aquella identidad en tanto que apropiación simbólica de aquel colectivo. Gilbert (1988) señala diversos posibles orígenes de la introducción de esta perspectiva: quizá la más destacable proviene de la herencia de la geografía humanística a través de la cual el hecho cultural de la región es entendido y creado desde la perspectiva subjetiva, experiencial e intencionada de los habitantes (y no de los geógrafos), de ahí que se pretenda remarcar sus significados individuales y colectivos.

Otra de las posibles influencias es la que parte desde postulados estructuralistas por los que se afirma que a partir de bloques de información común y de prácticas y conocimientos también comunes puede aparecer una identidad y una conciencia regional como una fusión de interpretaciones individuales del entorno material: la cultura es su sistema relacional. De forma similar, la teoría de la información aporta una interpretación a través de la cual un proceso de comunicación coordina las diferentes concepciones de los individuos en torno al espacio general y los lugares concretos: según cómo se transmitan los rasgos culturales serán diferentes las concepciones y, pues, diferentes las construcciones regionales (Poche, 1986).

En cualquier caso, existe un hecho objetivo y es que las condiciones tecnológicas y el proceso de producción propios de la economía flexible postfordista permiten explotar la especificidad de cada lugar, de cada ciudad y región a escala internacional; la desintegración de las barreras y las distancias (políticas, económicas o de información), a través de estos procesos de globalización e internacionalización, reafirman las identidades y exacerban los localismos (desde la escala de barrio a las reivindicaciones nacionales).

La diversidad regional

La importancia de la diversidad regional en tanto que objeto y medio de estudio cayó en un profundo descrédito por diversas razones decisivas. Por una parte, el mismo desprestigio de la geografía regional tradicional hizo que los estudios que pretendían remarcar los rasgos diferenciales de las regiones fuesen

vistos como superficiales, descriptivos y anticuados. Igualmente, desde un análisis estrictamente cronológico que tuviera en cuenta la evolución histórica de la diversidad, el proceso general de modernización tendería a construir un mundo cada vez más homogéneo donde las diferencias regionales estarían condenadas a desaparecer y sólo escasas áreas (zonas rurales, el Tercer Mundo) permanecerían ajenas a la estandarización a que la sociedad industrial somete el planeta. Por fin, también, las asunciones del marxismo más intransigente habrían tendido a considerar la monopolización y homogeneización de un mundo sin diversidad ni especificidades locales (Cornaert & Saint-Blancat, 1987; Urry, 1985).

Contrariamente, al remarcar los rasgos sociales, las diferencias regionales se convierten en un elemento esencial del análisis en tanto que expresan una característica fundamental del mundo contemporáneo, siendo consideradas como un factor en constante reconstrucción a través de actuaciones concretas de tipo local o bien colectivo institucional (Pred, 1986): a pesar de la estandarización, el estudio de la diversidad es una óptima forma de comprender el funcionamiento de la sociedad (Sayer, 1989). Este hecho, no obstante, implica no sólo la simple adopción de un objetivo de análisis, sino el reconocimiento de la significación empírica de la nueva geografía regional y la destrucción del carácter reaccionario de la geografía regional tradicional, muy a menudo interesada en describir lugares concretos para resistir mejor ante las teorías generalizantes.

4. HACIA UN NUEVO MÉTODO REGIONAL

El papel de la historia

Si, como se ha visto, la especificidad de las regiones (ya sea entendida desde una visión de la economía política o bien a partir de los rasgos culturales) es el resultado de un proceso, el método histórico tiene mucho que decir. De nuevo, se trata de un elemento que ya era usado en la geografía regional corológica, pero que ahora adopta un sentido plenamente diferente. Antaño el interés se centraba en los cambios observados por cada área en forma de sucesión de formas culturales (Buttimer, 1978), habiendo de realizar un repaso de las secuencias de acontecimientos ocurridos en el proceso de transformación de un paisaje o de una región, remarcando los rasgos de la cultura material como herencia y testimonio de aquella relación a lo largo de los tiempos (Claval & Juillard, 1967; Brunet, 1972; Johnston, 1984; Juillard, 1967).

La práctica de la nueva geografía regional no asume estos métodos inductivos, ya que no se acepta que las estructuras regionales contemporáneas sean el

producto de la adaptación o transformación lineal de estructuras inmediatamente precedentes, sino que están en constante reajuste, de manera que no pueden ser entendidas en sentido «hereditario» (Gilbert, 1988); la historia que debe ser analizada es la de la dinámica de las relaciones sociales y no la de los objetos materiales. La aceptación de la multidimensionalidad del tiempo hace que sean estudiadas secuencias a largo y a corto plazo, ambas como dimensionadoras de las estructuras presentes: diversas historias se superponen, se desarrollan y se interconectan simultáneamente en cada región (Paasi, 1986) en perspectivas temporales que abarcan frecuencias diarias (cotidianas), vitales (abarcando el tiempo de vida humana) y de largo alcance.

Quizá el ejemplo más claro es el que sugiere Doreen Massey al observar las regiones como el producto de la combinación de múltiples estratos (*layers*) de condiciones geográficas (Massey, 1984)¹¹. La formación de las regiones es algo dinámico, construido a base de relaciones recíprocas y en las que las nuevas condiciones no se añaden simplemente a las ya preexistentes como si de un palimpsesto se tratara, sino que interactúan con ellas, ajustándose a ellas y modificándolas en forma de «mutua determinación» (Pudup, 1988).

Una vez más, cabe destacar influencias procedentes de los contactos interdisciplinarios: el marxismo cultural (asociado con la obra de Edward P. Thompson), así como otros exponentes de la «historia social británica», son importantes puntos de referencia para la nueva geografía regional, de manera que dada la trascendencia de los procesos históricos y espaciales como elementos explicativos, muchos de los estudios realizados tanto por geógrafos como historiadores se convierten en notables interpretaciones histórico-geográficas (Gregory, 1981).

La síntesis regional

Tal como se ha mencionado anteriormente, quizá uno de los aspectos más significativos y destacables de la nueva geografía regional es el de mostrar la evolución en la especificidad de un lugar a través de la estructura y los cambios sociales. Mediante este objetivo, se pretende también retomar la trascendencia científica del hecho regional demostrando que es posible teorizar el estudio geográfico de lo que es específico (Johnston, 1985).

Para poder llevarlo a cabo son usados de forma complementaria tanto el análisis como la síntesis. Por lo que respecta al análisis, requiere la investigación

¹¹ Paasi (1986) añade una mayor consideración a los efectos específicamente locales.

detallada de los diversos aspectos de las relaciones sociales existentes en el espacio: la estructura de la producción económica, del trabajo y del capital, los modelos culturales, las relaciones políticas, etc. Los procesos culturales, políticos y económicos configuran la estructura de cada región, pero sólo es a través del estudio de sus interrelaciones que la especificidad regional se hace patente: el estudio de estas interrelaciones implica un proceso de síntesis que incluye los resultados de los análisis, tanto de los aspectos generales como de los estudios detallados de hechos concretos de la sociedad, para así poder evidenciar el entramado de relaciones que construyen la diferenciación espacial (Massey, 1985b; Massey & Allen, eds., 1984).

Puede alegarse que este trabajo de síntesis ha sido precisamente una de las características tradicionales fundamentales de la geografía regional clásica. A pesar de que los «padres» Vidal, Sauer o Hartshorne instaron repetidamente en la necesidad de que este trabajo sintético fuese selectivo de los elementos geográficos más significativos de la región, lo cierto es que el método tendió a ser exhaustivo y generalizador, llegando a ser conocido e identificado por su carácter extensamente descriptivo.

La nueva geografía regional propicia una nueva forma de síntesis en la que es de especial significación la selección de temas y categorías de estudio, así como (y de forma muy importante) de las diferentes escalas, ya que uno de sus principios afirma que para poder aprehender la especificidad de los lugares hay que tener presente la variación de los procesos sociales en relación a la variación espacial de una escala a otra: la síntesis regional debe permitir entonces interpretar la región en tanto que producto de la interconexión de procesos a diferentes escalas (local, estatal, de sistema mundial) que no necesariamente han de ser complementarios ni concordantes: el espacio, pues, es entendido como la intersección de todo tipo de conjuntos espaciales y de órdenes de diferentes ámbitos (Allen, 1985; Johnston, Hauer & Hoekveld, 1990)¹².

Los estudios de «locales» (*locality*) pueden ser un buen ejemplo en tanto que vehículo de estudio de las relaciones entre la reestructuración económica y espacial y las formas particulares de acción social y conciencia cultural, al introducir en su análisis aspectos culturales, de conciencia de clase, de regionalismo, etc.

¹² De hecho, existe un gran interés en explicar los aspectos teóricos que sostienen esta nueva síntesis regional y, en general, todos los principios teóricos que rigen la nueva geografía regional: así lo demuestra que en muchas de las obras publicadas se dedican extensos capítulos introductorios a estos aspectos (Pudup, 1988). Algunos ejemplos pueden ser Pred (1986), Gregory (1982) o el mismo Harvey (1985). En cualquier caso, son muy pocos los estudios que aplican en casos prácticos el extensísimo debate y reflexión teórica sobre la nueva geografía regional.

5. A MODO DE REFLEXIÓN: EL PORQUÉ DEL RENOVADO INTERÉS POR LA REGIÓN

Deconstrucción y reestructuración son conceptos que definen la situación económica, social y política del momento presente, caracterizada por los cambios radicales en las técnicas y procesos productivos: los avances tecnológicos (nuevos materiales, nuevas formas de transportes y comunicaciones), la internacionalización y aceleración de los circuitos de capital, la desestructuración de la mano de obra y la consiguiente polarización social (el mercado del trabajo y de la vivienda), la producción flexible y especializada (la *high tech*, el diseño, los servicios), el postfordismo (desconcentración, descentralización, desindustrialización y reindustrialización), etc., son elementos que conllevan la absoluta reorganización del territorio a todas las escalas.

El nuevo impacto espacial se refleja en nuevas pautas de localización y de desarrollo desigual (suburbanización, periferización, megalopolización), en la polarización funcional del espacio (con la aparición de la competitividad entre ciudades y regiones o la privatización de iniciativas públicas), en la desintegración de barreras y limitaciones (globalización, pérdida del control a nivel local, resurgimiento de localismos y nacionalismos), etc.

Una vez más, la geografía se interroga acerca de la cambiante espacialidad de la deconstrucción y la reconstrucción de los procesos sociales, económicos y políticos, pretende comprender la relación existente entre las estructuras y procesos generales con los contextos geohistóricos específicos; buscar identificar la unicidad e interdependencia que caracteriza hoy en día a los lugares y las regiones. Consciente de las limitaciones de ciertas teorías y métodos y de la obsolescencia de la geografía regional tradicional para dar una explicación coherente y suficiente a dichas transformaciones espaciales, la «nueva geografía regional» parecería querer profundizar, más que nunca, en el carácter social de la ciencia geográfica para así aportar interpretaciones significativas, globales y sintéticas a las nuevas concepciones territoriales.

En este sentido, la región (entendida como «escenario» y como «territorio») es el centro de toda interacción social por su papel en la producción y reproducción de las relaciones sociales; cada región es el producto único e interdependiente de la múltiple combinación de estructuras, instituciones y agentes, de perspectivas temporales cotidianas, vitales y de larga duración, de perspectivas espaciales locales, nacionales y mundiales; es, en suma, el complejo resultado de un proceso de estructuración que implica a la producción (y sus divisiones espaciales del trabajo), el estado (y el resto de instituciones), y la sociedad civil (formada, en última instancia, por individuos). La diversidad de formaciones regionales son el reflejo de la distinta actuación del capital, de las instituciones y de los agentes

según diferentes estructuras sociales; la región ha de ser vista como un conjunto de escenarios para la interacción, diferentes, pero conectados.

Aparentemente, la nueva geografía regional ha conseguido su meta de erigirse en alternativa a la a veces dudosa objetividad positivista y a la involución de la geografía regional tradicional introduciendo una buena y coherente carga teórica, gracias a su cimentación en el bagaje social e histórico. En cualquier caso, queda pendiente la aplicación generalizada de todos sus postulados tan debatidos a nivel teórico, si bien cabe reconocer que, más que nunca, resulta especialmente difícil la combinación óptima entre teoría y análisis empírico.

BIBLIOGRAFÍA

- Allen, John (1985): *Review: Interdependence and the uniqueness of place*, Milton Keynes, The Open University Press.
- Brunet, Roger (1972): «Pour une théorie de la géographie régionale», in Univ. de Haute Bretagne, *La pensée géographique française contemporaine*, Saint-Brieuc, Presses Universitaires de Bretagne, pp. 649-662.
- Buttimer, Anne (1978): «Charism and context: the challenge of *Géographie Humaine*», in Ley, David & Samuels, Marwyn S. (eds.), *Humanistic geography. Prospects and problems*, London, Croom Helm/Chicago, Maarufa Press, pp. 58-76.
- Clarke, John (1984): «“There's no place like”’: cultures of difference», in Massey & Allen (eds.), pp. 54-67.
- Claval, Paul & Juillard, Etienne (1967): *Région et régionalisations dans la géographie française et dans d'autres sciences sociales*, Paris, Dalloz.
- Cooke, Philip (1985): «Class practices as regional markers: a contribution to labour geography», en Gregory & Urry (eds.), pp. 213-241.
- Cooke, Phil N. (1987): «Individuals, localities and post-modernism», in *Environment and Planning D*, 5 (4), pp. 408-412.
- Cooke, Philip (1989a): «Locality, economic restructuring and world development», in Cooke, Phil (ed.), *Localities. A comparative analysis of urban change*, London, Unwin Hyman, pp. 1-44.
- Cooke, Philip (1989b): «The contested terrain of locality studies», in *Tijdschrift voor Econ. en Soc. Geografie*, 80 (1), pp. 14-29.
- Cornaert, Monique & Saint-Blancat, Chantal (1986): «Le local et la contemporanéité: interférences micro et macro-sociologiques», in *Espaces et Sociétés*, 48-49, pp. 277-292.
- Dear, Michael J. (1988): «La reconstruction de la géographie humaine», in Benko, Georges B. (ed.), *Les nouveaux aspects de la théorie sociale. De la géographie à la sociologie*, Caen, Paradigme, pp. 55-75.

- Dickinson, Robert E. (1947): *City, region and regionalism. A geographical contribution to human ecology*, London, Routledge & Kegan Paul.
- Dickinson, Robert E. (1969): *The makers of modern geography*, London, Routledge & Kegan Paul.
- Dickinson, Robert E. (1976): *Regional concept. The Anglo-American leaders*, London, Routledge & Kegan Paul.
- Duncan, James S. (1985): «Individual action and political power: a structuration perspective», in Johnston, Ronald J. (ed.), *The future of geography*, London, Methuen, pp. 174-189.
- Entrikin, J. Nicholas (1989): «Place, region, and modernity», in Agnew, John A. & Duncan, James S. (eds.), *The power of place. Bringing together geographical and sociological imaginations*, London, Unwin Hayman, pp. 30-43.
- Finch, V.C. (1934): «Written structures for presenting the geography of regions», in *Annals of the Association of American Geographers*, 24 (2), pp. 113-122.
- Giddens, Anthony (1984): *The constitution of society. Outline of the theory of structuration*, Berkeley, Univ. of California Press.
- Gilbert, Anne (1988): «The new regional geography in English and French-speaking countries», in *Progress in Human Geography*, 12 (2), pp. 208-228.
- Granö, Olavi (1978): «What has happened to regional geography?», in *Terra*, 90 (3), pp. 165-168.
- Gregory, Derek (1978): *Ideology, science and human geography*, London, Hutchinson (trad. cast. *Ideología, ciencia y geografía humana*, Vilassar de Mar, Oikos-Tau).
- Gregory, Derek (1981): «Human agency and human geography», in *Transactions IBG (NS)*, 6 (1), pp. 1-18.
- Gregory, Derek (1982): *Regional transformation and industrial revolution. A geography of the Yorkshire woollen industry*, London, Macmillan.
- Gregory, Derek (1989): *The geographical imagination: social theory and human geography*, London, Hutchinson.
- Gregory, Derek & Urry, John (eds.) (1985): *Social relations and spatial structures*, London, Macmillan.
- Gregson, Nicky (1986): «On duality and dualism: the case of structuration and time geography», in *Progress in Human Geography*, 10 (2), pp. 184-205.
- Hall, Robert Burnett (1935): «The geographic region: a resumé», in *Annals of the Association of American Geographers*, 25 (3), pp. 122-136.
- Hart, John Fraser (1975): *The look of the land*, Englewood Cliffs (NJ), Prentice Hall.
- Hart, John Fraser (1982): «The highest form of the geographer's art», in *Annals of the Association of American Geographers*, 72, pp. 1-29.
- Hart, John Fraser (ed.) (1972): «Special issue on the regional geography of the USA», in *Annals of the Association of American Geographers*, 62.

- Harvey, David (1985): *Consciousness and the urban experience, studies in the history and theory of capitalist urbanization*, Baltimore, The Johns Hopkins Univ. Press.
- Hopkins, T.K. & Wallerstein, I. (eds.) (1980): *Processes of the world-system*, Beverly Hills, Sage.
- James, Preston E. (1934): «The terminology of regional description», in *Annals of the Association of American Geographers*, 24 (2), pp. 78-92.
- Johnston, Ronald J. (1984): «The region in twentieth century british geography», in *History of Geography Newsletter*, 4, pp. 26-35.
- Johnston, Ronald J. (1985): «Places matter», in *Irish Geography*, 18, pp. 58-63.
- Johnston, Ronald J.; Hauer, Joost & Hoekveld, Gerard A. (eds.) (1990): *Regional geography. Current developments and future prospects*, London, Routledge.
- Jones, Wellington D. (1934): «Procedures in investigating human occupance of a region», in *Annals of the Association of American Geographers*, 24 (2), pp. 93-111.
- Juillard, Etienne (1967): «Historique de la notion de région dans a géographie française», in Claval & Juillard, pp. 9-20.
- Krätke, Stefan & Schmoll, Fritz (1991): «The local state and social restructuring», in *International Journal of Urban and Regional Research*, 15 (4), pp. 542-552.
- Lewis, Pierce F. (1985): «Beyond description», in *Annals of the Association of American Geographers*, 75, pp. 465-478.
- Lovering, John (1989): «Postmodernism, marxism, and locality research: the contribution of critical realism to the debate», in *Antipode*, 21 (1), pp. 1-12.
- Massey, Doreen (1979): «In what sense a regional problem?», in *Regional Studies*, 13 (2), pp. 233-243.
- Massey, Doreen (1984): *Spatial divisions of labour. Social structures and the geography of production*, London, Macmillan.
- Massey, Doreen (1985a): «New directions in space», in Gregory & Urry (eds.), pp. 9-19.
- Massey, Doreen (1985b): *Review: Space, Nature, and Society*, Milton Keynes, The Open University Press.
- Massey, Doreen & Allen, John (eds.) (1984): *Geography matters! A reader*, Cambridge, Cambridge Univ. Press + Milton Keynes, The Open Univ. Press.
- McDonald, James R. (1966): «The region: its conception, design and limitations», in *Annals of the Association of American Geographers*, 56 (3), pp. 516-528.
- Meinig, D.W. (1968): *The great Columbia plain*, Seattle, Univ. of Washington Press.
- Minshull, Roger (1967): *Regional geography. Theory and practice*, London, Hutchinson.
- Paasi, Anssi (1986): «The Institutionalization of regions: a theoretical framework for understanding the emergence of regions and the constitution of regional identity», in *Fennia*, 164 (1), pp. 105-146.
- Paasi, Anssi (1991): «The changing concepts of region as indicators of the development of geography», in *Terra*, 103 (4), pp. 293-308.

- Pahl, R.E. (1985): «The restructuring of capital, the local political economy and household work strategies», in Gregory & Urry (eds.), pp. 242-264.
- Peet, Richard (1978): «Materialism, social formation, and socio-spatial relations: an essay in marxist geography», in *Cahiers de Géographie du Québec*, 22-56, pp. 147-157.
- Poche, Bernard (1983): «La région comme espace de référence identitaire», in *Espaces et Sociétés*, 42, pp. 3-12.
- Poche, Bernard (1986): «“Localité” et subdivisions spatiales du social: pour une définition culturelle», in *Espaces et Sociétés*, 48-49, pp. 225-239.
- Pred, Allan (1984): «Place as historically-contingent process: structuration and the time-geography of becoming places», in *Annals of the Association of American Geographers*, 74 (2), pp. 279-297.
- Pred, Allan (1986): *Place, practice and structure. Social and spatial transformation in Southern Sweden: 1750-1850*, Cambridge, Polity Press.
- Pudup, Mary Beth (1988): «Arguments within regional geography», in *Progress in Human Geography*, 12 (3), pp. 369-390.
- Raffestin, Claude (1980): *Pour une géographie du pouvoir*, Paris, Litec.
- Raffestin, Claude (1986): «Ecogénèse territoriale et territorialité», in Auriac, Franck & Brunet, Roger (eds.): *Espaces, jeux et enjeux*, Paris, Fayard-Fondation Diderot, pp. 173-185.
- Rose, Gillian (1989): «Locality-studies and waged labour: an historical critique», in *Transactions IBG (NS)*, 14 (3), pp. 317-328.
- Sack, Robert David (1988): «El lugar y su relación con los recientes debates interdisciplinarios», in *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 12, pp. 223-241.
- Sayer, Andrew (1982): «Misconceptions of space in social thought», in *Transactions IBG (NS)*, 7 (4), pp. 494-503.
- Sayer, Andrew (1989): «The “new” regional geography and problems of narrative», in *Environment and Planning D*, 7 (3), pp. 253-276.
- Smith, Neil (1984): *Uneven development. Nature, capital, and the production of space*, Oxford, Basil Blackwell.
- Soja, Edward W. (1985): «Regions in context: spatiality, periodicity, and the historical geography of the regional question», in *Environment and Planning D*, 3 (2), pp. 175-190.
- Taylor, Peter J. (1988): «World-Systems Analysis and regional geography», in *The Professional Geographer*, 40 (3), pp. 259-265.
- Thrift, Nigel J. (1983a): «Literature, the production of culture and the politics of place», in *Antipode*, 15 (1), pp. 12-24.
- Thrift, Nigel J. (1983b): «On the determination of social action in space and time», in *Environment and Planning D*, 1 (1), pp. 23-57.

- Thrift, Nigel J. (1987): «No perfect symmetry», in *Environment and Planning D*, 5 (4), pp. 456-465.
- Urry, John (1981): «Localities, regions and social class», in *International Journal of Urban and Regional Research*, 5, pp. 455-754.
- Urry, John (1985): «Social relations, space and time», in Gregory & Urry (eds.), pp. 20-48.
- Urry, John (1987): «Society, space, and locality», *Environment and Planning D*, 5 (4), pp. 435-444.
- Warf, Barney (1988): «The resurrection of local uniqueness», in Golledge, Reginald G.; Couclelis, Helen & Gould, Peter (eds.), *A ground for common search*, Goleta, The Santa Barbara Geographical Press, pp. 51-62.
- Watson, J. Wreford (1983): «The soul of geography», in *Transactions IBG*, 8, pp. 365-385.

RESUMEN

Superando múltiples limitaciones teóricas y metodológicas tradicionales y profundizando en el carácter social de la geografía, la «nueva geografía regional» pretende aportar interpretaciones válidas al gran impacto espacial provocado por los cambios radicales en las técnicas y los procesos productivos. La región es ahora analizada como el marco de la relación entre las estructuras y procesos sociales generales con los contextos geohistóricos específicos, y como el resultado único e interdependiente de un proceso de estructuración consecuencia de la múltiple combinación de estructuras productivas, instituciones y sociedad civil, y de perspectivas temporales y espaciales a diferentes escalas.

Palabras clave: Nueva geografía regional, región, estructuración, relaciones sociales.

ABSTRACT

Over the traditional theoretical and methodological limitations and deeping in the social character of geography, «new regional geography» wants to bring valid interpretations on the spatial impact promoted by the radical changes on the techniques and productive processes. Region is now analysed as the relation framework between general social structures and processes with specifical geohistorical contexts, and as the unique and interdependent outcome of the structuration process resulting from the multiple combination of productive

structures, institutions and civil society, and time and space perspectives at different scales.

Keywords: New Regional geography, region, structuration, social relations.

RESUMÉ

Au dessus des limitations théoriques et methodologiques traditionnelles et approfondissant au caractère social de la géographie, la «nouvelle géographie régionale» veut apporter interprétations valables au grand impact spatial provoqué par les changements radicaux en les techniques et processus productifs. La région est maintenant analysée autant que cadre de relation entre les structures et processus sociaux généraux avec les contextes géohistoriques spécifiques, et autant que le résultat unique et interdépendent d'un processus de structuration à consequence de la multiple combinaison de structures productives, institutions et société civile, et de perspectives temporelles et spatiales à plusieurs échelles.

Mots clés: Nouvelle géographie régionale, région, structuration, relations sociales.